BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO
Recull de premsa local i comarcal

FORMA DE LA SANTA CINTA Y SU CONSERVACIÓN

Del libro «La Santa Cinta» de M. JOVER FLIX

El relicario grande de la Santa Cinta es el mismo que regaló el Obispo don Luis de Tena, en el cual se colocó, el día 10 de octubre del año 1619; y desde entonces hasta el hecho que vamos a referir, no consta que se haya abierto, ni que se haya extraído por ninguna causa la sagrada Reliquia.

Con motivo del embarazo de la Reina doña Isabel II, el día 12 de octubre del año 1853 salieron para Madrid con la Santa Cinta, el canónigo don Francisco Vidal, y el beneficiado don Martín Villar. Al adorarla los Reyes, manifestaron deseos de mejorar el relicario, lo cual se verificó con anuencia del Cabildo, haciendo el pie nuevo, que se adornó con varias piedras.

Para ello fue menester sacar la Santa Cinta; lo hizo el Patriarca de las Indias, colocándola con mucha reverencia en una caja de oro, que puso dentro de otra de nácar, y cerrada con llave, la depositó en el oratorio de la Real Cámara.

Este acto tuvo lugar a presencia de los Reyes, de varios Gentiles Hombres y Capellanes de Honor, y de dichos Canónigo y beneficiado, levantándose la correspondiente acta, que autorizó el Patriarca de las Indias; y lo mismo se practicó cuando la Santa Cinta se volvió a colocar en el relicario.

Pero antes, ya que se presentaba la oportunidad, los Reyes quisieron ver de cerca la Santa Cinta; al efecto, poniéndola el Patriarca de las Indias en una bandeja de plata, primeramente la adoraron todos, y después la examinaron con detención SS. MM., los altos empleados de Palacio y algunas Damas de honor. Según la relación de aquel acto, que hemos visto, unos oyeron que la Santa Cinta es de seda, otros que de pita, otros de lino, y hasta hubo algunos que dijeron ser de algodón; resultando en conjunto que no se pudo asegurar de qué materia es.

Dice la misma relación, que la Santa Cinta forma una especie de la hebra o red, sin nudo alguno en los ocho palmos del centro, y que a cada extremo hay dos palmos de igual materia, en forma de correa; siendo de admirar, que a pesar de hallarse éstos perfectamente unidos, no están cosidos, ni se ve nudo alguno. Como la Santa Cinta está plegada entre los cristales del relicario, no se pueden percibir a la simple vista estos detalles.

Martorell, único historiador que la ha descrito, dice, que es una redecilla larga, de hilo sutil, o de muy delgada seda, de color que tira a tostado; este color es el mismo que tiene ahora.[1]

SU CONSERVACIÓN

Las vicisitudes y peligros por las que ha pasado la Santa Cinta durante estos siglos han sido muchas. En cuanto a su conservación sin extravío, hasta fines del pasado siglo, tiempo en que escribía O'Callaghan, vale la pena transcribir sus palabras[2]. Recuérdense los peligros que en épocas pasadas acompañan a los viajes, por países casi desiertos en que abundaban las cuadrillas de salteadores y las muchas veces que la Santa Cinta con su precioso relicario ha sido llevada a Madrid y devuelta de allá, públicamente, sin guardias ni escolta de gente armada, como se necesitaba antes para viajar con alguna seguridad.

También deben traerse a la memoria los formidables sitios que ha sufrido esta ciudad, especialmente el del año 1648, en que según hemos dicho en otro capítulo, a la entrada del ejército francés fueron robadas muchas alhajas y reliquias de las iglesias, y aun de la catedral, saliéndose casi milagrosamente la Santa Cinta con su relicario.

No fue menos grande el peligro en que estuvo cuando la guerra de la independencia o de Napoleón I. Sabido es que debido al celo del Cabildo, del clero y dependientes de la catedral, se pudieron librar de la rapacidad de los soldados franceses las alhajas de la iglesia, a costa de grandes peligros y compromisos. Y concretándonos al punto que nos ocupa, digna fue de elogio la conducta de los dos Capítulares, que en los últimos meses de la ocupación francesa, cuando parecía que todo respiraba aquí furor y venganza, sacaron de Tortosa con mucha diligencia y grave exposición, los dos relicarios de la Santa Cinta, llevándose el uno a Batea y el otro a Calaceite. Allí estuvieron bien guardados, hasta que habiendo evacuado las tropas francesas esta ciudad, fueron trasladados nuevamente a la catedral en 29 de junio de 1814, siendo recibidos en solemne procesión y con grandes demostraciones de público regocijo.

Como conclusión citaremos un curioso dato, que manifiesta la suma veneración con que siempre se ha mirado la Santa Cinta; y ¿por qué no decirlo?, el modo como la Madre de Dios vela sobre la conservación de la joya inapreciable que regaló a los habitantes de Tortosa, pues quiere que toda ella permanezca siempre en su poder.

Se lee en documentos del archivo de la catedral, que a mediados del siglo XVIII, una persona movida sin duda por una mal entendida devoción, tuvo medio de sacar y apropiarse de un pedacito de la Santa Cinta, que extrajo de un relicario. Mas pronto sufrió los mayores remordimientos, de tal manera que se turbó su tranquilidad, y ni siquiera se atrevía a mirar ni adorar aquella reliquia, para cuya adquisición quien sabe lo que debió maquinar. Al fin salió de situación tan angustiosa, devolviendo dicho pedacito bajo secreto al Cabildo, quien acordó en sesión del día 14 de mayo del año 1754, que se colocase en el relicario pequeño, con las debidas formalidades.»

En dicha acta, que hemos comprobado se dice, entre otras cosas, lo siguiente: «*Que lo bosinet o N que se ha restituit de la Reliquia de la Sagrada Cinta se pose dins del Relicari petit y que asistexca lo secretari comissionado domino Claustrali*».

En relación a la pérdida del Relicario mayor, el Iltre. Prior de la Santa Cinta, don Aurelio Querol, dice en un trabajo inédito sobre el particular:

«Dolorosamente, desde la guerra del 36-39, Tortosa sufre la pérdida de «NOSTRE TRESOR», la Santa Cinta en su fragmento mayor, al perderse el mayor de los dos Relicarios en que históricamente se contenían. Ciertamente aunque la Divina Providencia hubiese permitido o permitiese un día la pérdida de ambos fragmentos y hasta su total destrucción, lo mismo que ha permitido la de tantos edificios y cosas que habrían sido evangélicas reliquias de Cristo y de su Madre María Santísima, Tortosa igual debería seguir celebrando agradecida el singular gesto que la Madre de Cristo quiso un día tener con ella y los muchos siglos de posesión de la Reliquia. Mas no hay duda que la continuación de la presencia de la Reliquia es un gran consuelo y una sobregracia para la ciudad. Y hasta diríase haber existido, no obstante ese doloroso extravío reciente del fragmento mayor, una como doble providencia de Dios en torno a la Santa Cinta conservada sin destruirse y sin extraviarse a pesar de los muchos avatares a los que se refería O'Callaghan en sus ANALES en el pasado siglo y en parte ya había aludido Martorell en el siglo XVII.

En cuanto a su conservación sin destrucción ni esencial deterioro, tal es la impresión que se recibe en las ocasiones en que se la puede observar a plena luz del día, por ejemplo, en las procesiones claustrales de los primeros domingos de mes, que llamamos dominicas de la Cinta. La salud actual del tejido de la Santa Cinta parece perfecta. Su parcial desfilachamiento tal vez se deba a cuando la separaron del fragmento mayor y la manipularon. Su color tostado, aun supuesta blanca en origen, es el frecuente en telas blancas antiguas que se conservan. Es de notar que ya tenía ese color en tiempos de Martorell hace más de 350 años, pues lo testifica éste expresamente. Circunstancia que aboga por la notable antigüedad del tejido al que nuestra tradición atribuye 800 años.

Ciertamente se ha producido en nuestro siglo la dolorosa novedad que al principio indicábamos: la pérdida del fragmento mayor de la Santa Cinta. Pero los tortosinos confiamos vivamente que el fragmento mayor de nuestra Sagrada Reliquia no ha sido destruido y algún día volverá triunfalmente a su Capilla de nuestra Seo. Un día que será histórico para nuestra ciudad. La Providencia divina que parece haber guiado la difícil conservación de la Santa Cinta hasta el siglo XX, y la experiencia del fragmento menor regresando gozosísimamente a nosotros tras la guerra del 36-39, alimentan nuestra confianza. Nuestras oraciones y gestiones no cesan. Y subirán a Dios y a su Madre Santísima y llegarán a cuantos hombres y organismos convenga, con serena constancia, con ininterrumpido fervor, con esperanza inflexible, con meritorios sacrificios».

1. O'Callaghan: *Anales I*, p. 225.
2. *Anales IV*, p. 40.

Font: biblioteca.tortosa.cat